

CONQUISTA DE ARAUCO (1859)

Diario El Ferrocarril

CONQUISTA DE ARAUCO¹

Esta es una cuestión que se ha agitado varias veces, ya en el Gobierno, ya en los círculos, y por la prensa.

Se concibe fácilmente que una horda de salvajes enclavada en el corazón de la República y ocupando un territorio tan bello y tan feraz, sea objeto de frecuentes proyectos y discusiones a fin de resolver el problema que quedará pendiente mientras subsista la barbarie en medio de la civilización.

Pero nunca como ahora, se han presentado circunstancias tan propicias para llamar la atención del país y de las autoridades hacia esa idea antigua. Y creemos que tardará mucho en presentarse una coyuntura favorable como la actual, para pensar seriamente en ella y dar principio a la empresa.

Queremos tocar ligeramente la materia.

Ella exige conocimientos inmediatos de la localidad, de los cuales carecemos para poder entrar en las consideraciones numerosas y variadas que pudieran surgir.

La conquista de Arauco es una proposición fallada afirmativamente por la opinión general del país.

Ella es una idea que ha brillado en la cabeza de la mayoría, y tal vez no hay un ciudadano que no desee su realización.

La conquista de Arauco es la verdadera cruzada chilena. Ella ha sido predicada varias veces, la opinión se ha informado en lo substancial. Sólo los medios han ofrecido algunas divergencia.

Y en efecto, para conquistar el territorio araucano se agrupan a la imaginación muchos caminos, verdaderos o quiméricos, pero muy opuestos por su naturaleza: por eso no es de extrañar que aunque casi todo el país pronunciado por el sometimiento de Arauco, haya tanta disonancia entre las opiniones de los que han discurrido sobre este asunto.

Unos lo esperaban todo la influencia civilizadora del cristianismo que abriéndose paso por la convicción y el sentimiento, llegaría tarde o temprano a reducir el carácter independiente y obstinado de los indios araucanos. Pero esta opinión ha sido, desgraciadamente, la primera en desprestigiarse; pues los sucesos más elocuentes y repetidos la han dejado en un triste descubierto.

1. El Ferrocarril 1859. — «Conquista de Arauco». - In: El Ferrocarril, Santiago de Chile, 20-27 mayo 1859, p. 2 en cada número.

El celo de los misioneros poco o nada ha conseguido. Este es un hecho consumado.

Lo poco que hasta aquí se ha obtenido, se debe a la acción multiforme de esos mil elementos invasores con que cuenta la civilización sobre la ignorancia. El interés en alas del comercio, las armas, la convicción de los indios más vecinos o relacionados con los blancos, el trato frecuente con los indígenas, la acción lenta pero incesante de las medidas administrativas, el incremento de las poblaciones fronterizas, todos estos agentes han contribuido cada uno con su tributo respectivo a avanzar la línea de la frontera con la lentitud del aluvión y a difundir alguna chispa de cultura entre los indígenas más próximos a ella.

Así vemos que ni el comercio, ni la religión ni ninguno de los recursos que hasta aquí se han tocado, ha podido por sí solo, ni tampoco combinado con los demás, realizar sino en una escala muy insignificante la conquista y la civilización del rico territorio indígena.

La conquista de Arauco no es un pensamiento de ayer. Hace trescientos años ya que los hijos de Pedro de Valdivia proyectan llevar su poder, su civilización y su sangre al pedazo de territorio chileno que escapó a la conquista española.

La empresa ha sido aplazada, pero jamás abandonada. Los mismos indios lo han conocido siempre; y por eso viven sobre las armas como una cuadrilla de insurrectos en medio de una sociedad legal y poderosa.

Por otra parte, sus malones y los horrores de que van acompañados, son como el aviso que nos dan para que no olvidemos que el proyecto de conquista no duerme jamás y que con solo la regeneración completa de Arauco, terminará el estado de guerra eterna a que estamos condenados en la frontera del sur. Con los indios no ha habido ni puede haber perfecta paz. Lo único que se ha conseguido es una tregua de hecho, nacida no de la buena fe de los pactos, sino de la impotencia o del miedo. Así, tan pronto como han podido hacerlo, han caído sobre las poblaciones cristianas para ejercer sobre ellas cuanto les ha permitido su poder y su ferocidad. Los indios han sido además, los auxiliares natos de todas las guerras civiles que han afligido al país desde la época de la independencia. Sus lanzas han estado prontas a tomar parte en nuestras luchas fratricidas para aumentar los estragos de la anarquía, como si un instinto, de que tal vez no son capaces, les aconsejase dar pábulo a la desunión de los chilenos para explotarla en su favor.

El presente año es de funesta memoria en la crónica de sus depredaciones. El territorio de los bárbaros ha sido el cuartel general de las montoneras del sur. Los araucanos intratables para todas las exigencias de la paz y de la civilización, se entienden muy bien, fraternizan y guardan fidelidad y hasta dispensan una generosa protección a los agentes de la guerra civil. Para hacer mal no son tan ignorantes ni tan montaraces.

Pero, ¿para qué traer a la memoria lo que han hecho ni lo que harán en lo sucesivo? ¿Ni para qué tampoco empeñarse en demostrar las ventajas sin réplica que traería consigo el sometimiento de esa parte de Chile a las leyes y a las autoridades de la República?

La conveniencia del fin está ya fallada: el derecho para hacerlo es por otra parte una derivación directa de los mismos hechos.

No necesitamos una bula para anexar a la República lo que pertenece a su territorio; ni jamás se habrá presentado una conquista de la civilización sobre los salvajes, que vaya aparejada de mayores requisitos por lo que toca al derecho, a la conveniencia y a la humanidad.

Los medios: he aquí la única cuestión.

Nosotros nos decidimos por la fuerza; y mal diremos nos decidimos, pues es el único camino, y no hay otro para la elección.

Sin embargo, aun en este supuesto se comprenden diversas alternativas de entre las cuales se puede optar mediante un estudio detenido sobre la materia.

Esta cuestiones secundarias no pueden referirse sino al plan de campaña, a la condición de los indios que sean sometidos y a la ocupación y empleo de los terrenos que, necesariamente, quedarán vacantes.

Pero cada uno de estos puntos debe ser tratado con más detención, y así volveremos después sobre la materia.